

EL CONGRESO DE HISTORIA DEL ARTE

(PARÍS, SEPTIEMBRE-OCTUBRE 1921)

EN EL CONGRESO

Por iniciativa de la Sociedad de Historia del Arte francés, y patrocinado por un Comité en el que figuraban los Sres. Henry Lemonnier, André Michel, Raymond Koechlin, Paúl Durrieu y Emile Mâle, celebróse un Congreso de Historia del Arte (Edad Media y época moderna) en París, del 26 de septiembre al 5 de octubre del pasado año.

¿Continuaba la serie de los internacionales, suspendidos por la guerra — el último fué el celebrado en Roma en 1912 —, o era un Congreso aparte, aunque de idéntico objeto? La Sociedad de Historia del Arte francés no podía por sí misma darle carácter internacional, limitándose por ello a invitar a todas las naciones, excepto a Alemania. La guerra está demasiado próxima, y las heridas aun abiertas, para que los profesores germanos fuesen a París, donde el recibimiento no hubiera sido muy cordial, y visitasen Reims, su catedral bombardeada, sus millares de viviendas en ruinas y sus campos devastados.

Estuvieron representadas Bélgica, Bulgaria, China, la República Argentina, Colombia, Dinamarca, Egipto, España, los Estados Unidos, Finlandia, Inglaterra, Estonia, Luxemburgo, Italia, el Japón, Noruega, Marruecos, Polonia, Portugal, Rumania, Holanda, el Reino serbiocroataesloveno, la República checoslovaca, Suecia, Suiza, Austria y Turquía. El Comité español, por excepción única, era doble: uno en Madrid, presidido por D. Aureliano de Beruete, director del Museo del Prado, y otro

en Barcelona, por D. José Puig y Cadafalch, arquitecto y director del Instituto de Estudios Catalanes.

Si oficialmente no alcanzó este Congreso la categoría de los internacionales anteriormente celebrados, al no formar parte de su serie, la tuvo de hecho por los concurrentes y los temas tratados.

La sesión inaugural

El 26 de septiembre el bello patio de la Sorbona veíase lleno de gentes de todos los países representados que habían acudido a la convocaria de la Sociedad francesa de Historia del Arte.

Celebróse por la mañana una sesión preparatoria, presidida por el Sr. André Michel, asistido de los cordiales y activos Sres. Raymond Koechlin y Paul Alfassa, a cuyos trabajos durante el Congreso se debe en gran parte su éxito, los que derrocharon una simpática amabilidad, muy francesa, en honor de los asistentes. En esa reunión preparatoria acordóse el programa definitivo, formándose las Mesas de las diferentes Secciones.

La sesión de apertura fué una manifestación internacional en honor del genio francés y de la belleza universal. Después de una alocución del Sr. Paul Leon, director de Bellas Artes, concedióse la palabra a los delegados de las diferentes naciones, que agradecieron a la Sociedad de Historia del Arte francés el haber reanudado la tradición de los Congresos internacionales.

El Sr. Fierens-Gevaert, juvenil y ruidoso en todos los actos del Congreso, saludó en nombre de Bélgica a la «Francia inmortal», congratulándose de los lazos que unen a éste con «su pequeño país, engrandecido por la afección inalterable de Francia», y evocó el recuerdo de esos sabios desprovistos de pedantería, los Henri Bouchot, los Eugène Muntz, y el nombre de Courajod, «cuya eufonía tan bien se adaptaba al que lo poseía». El delegado de Dinamarca afirmó la admiración sincera de los daneses por el arte y el espíritu francés. «No olvidamos, dijo, que nuestra patria ha encontrado, gracias a Francia, su confianza en el porvenir.» El delegado finlandés entregó a la Mesa del Congreso un libro sobre la influencia católica en el arte medieval de su país, y el Sr. Charles Hercules Read, tipo representativo del *gentleman* inglés, después de saludar a sus compañeros de Congreso, «el primero de la nueva época», elogió el atractivo de estas reuniones, interrumpidas durante los largos años de la tormenta, hablando espiritualmente de las modernas tendencias artísticas, «movimiento en el cual hay bueno y malo, como en todos, artistas convencidos y gentes que no son ni una cosa ni otra»; los delegados de Italia, del Gran Ducado del Luxemburgo, de Suiza, de Suecia, del Reino serbiocroataesloveno, de la República checoeslavaca, de Portugal, de Rumania, de España y de China fueron muy aplaudidos, así como el delegado de Noruega, que saludó a «la dulce Francia, madre de las artes en los tiempos modernos».

Por último, el Sr. André Michel, presidente del Congreso, dió a todos la bienvenida. «Sé, dijo, que estabais impacientes, después de los trágicos años que aca-

ban de trastornar y ensangrentar el mundo, de ponerlos en relación, de comunicaros vuestros estudios, de reanimar la conciencia y la certidumbre de que, a pesar de tantas realidades crueles, destrucciones y hecatombes, el hombre no está consagrado a trabajos de mortandad, y que — si en algunos momentos de su dolorosa historia el conflicto de intereses sin freno moral, de egoísmos y apetitos desencadenados, la loca megalomanía de algunos impone a los pueblos amenazados el deber de sacrificar todo a la defensa del territorio, en el que los antecesores dejaron las huellas seculares de su trabajo y de su genio (¿y cuántos de nuestros jóvenes camaradas, los más queridos, los mejores, que habían interrumpido al llamamiento del *toc sin* la página comenzada no han vuelto?...) — lo que constituye el valor y el encanto de la vida, con la bondad, es la belleza. Es más fácil y rápido destruir y quemar una catedral que edificarla; pero la única cosa que se tiene en cuenta en el libro del espíritu es que fué construída, y en qué forma.»

Terminóse la rivalidad hostil o envidiosa; terminóse el vano orgullo. «El lenguaje del arte es el único, venga de donde viniere, que todos los hombres comprenden... Gracias os sean dadas a todos los que concurrís a hacerle más claro y persuasivo.»

Los trabajos de las Secciones

Dividióse el Congreso en cuatro Secciones: 1.^a, Enseñanza, Museografía; 2.^a, Arte occidental; 3.^a, Artes del Oriente y del Extremo Oriente, y 4.^a, Historia de la Música.

En cada una de ellas leyéronse numerosas comunicaciones en francés, inglés, italiano, español, portugués y alemán. Según la convocatoria, su lectura no podía exceder de quince minutos; pero la sobriedad es cualidad difícil y poco extendida, y hubo algunas, y no de las más interesantes, que consumieron bastante tiempo más. Numerosas fueron las que se acompañaron de proyecciones. Gracias a que muchas comunicaciones no se leyeron, por no haber acudido sus autores, pudo cumplirse todo el programa, celebrando sesiones por mañana y tarde los días en que no había excursión. La simultaneidad de los trabajos de las cuatro Secciones, fué causa de que perdiéramos comunicaciones interesantes de varias de ellas.

Las Secciones más concurridas fueron: la 1.^a, de Enseñanza y Museografía, muy frecuentada por damas inglesas y norteamericanas, y la 3.^a, de Artes del Oriente, que, como cosa más exótica y lejana, atrae considerable número de *snobs*. Aunque parece decaer el interés despertado en estos últimos años por el *arte negro*, una Sección del Congreso a él dedicada seguramente hubiera tenido un gran éxito de concurrencia.

Casi todas las comunicaciones versaron, o sobre el arte en Francia, o sobre la influencia francesa en las distintas épocas y naciones, resultando en conjunto como un homenaje a la belleza y al genio propagados por el pueblo galo a través del mundo entero.

Si algunas de esas comunicaciones fueron interesantes, otras muchas carecían de interés. Parece que el criterio fué admitir y leer todas las presentadas; para el próximo Congreso sería más conveniente que cada Delegación conociese de ante-

mano los trabajos y seleccionase entre ellos los de más valer, celebrándose menos sesiones y no tan recargadas de lecturas como las del de París. Tal vez así no se note como en éste el transcurso de los días que, en complicidad con un tiempo maravilloso, iban restando concurrentes a las sesiones de los anfiteatros de la Sorbona, los que acudían, en cambio, en número extraordinario, a las excursiones, fiestas e invitaciones.

Los españoles en el Congreso

Fué como delegado de España D. José Lázaro Galdeano, elegido presidente del Congreso, honor también alcanzado por los Sres. Venturi y Fièrens-Gevaert, el cual atendió amablemente a los congresistas de nuestro país, y en un agradable banquete en el hotel Mirabeau, presidido por su esposa, la distinguida dama D.^a Paula Florido, reunió a varios profesores y personalidades franceses, italianos, belgas y suecos: la Sra. Marti-Tirsot, exploradora de las antigüedades persas; los Sres. Charles Riehl, Henri Focillon, R. Shneider, Restrée, Lemoisne, Lorey, Roosval, Edmond Harau-court, Gaston Migeon, André Dezarrois, Emile Mâle, Edouard Michel; los condes Durrien y Gamba; al ilustre Sr. Venturi; al Sr. Figueiredo, director del Museo de Lisboa; al marqués de Faura, encargado de negocios de España, y a los españoles asistentes al Congreso.

Estos eran los Sres. Puig y Cadafalch, arquitecto y presidente del Instituto de Estudios Catalanes; Osma, Vegué y Goldoni, Artñiano, el arquitecto Costa y Recio, Martorell, Folch y Torres y el autor de estas líneas.

Las comunicaciones de los españoles fueron las siguientes: de D. Elías Tormo, sobre *Fray Juan Rizi, escritor de arte y pintor de la Escuela de Madrid*; de D. Manuel Gómez Moreno, *El entrecruzamiento de arcos en la arquitectura árabe*; de don Aureliano de Beruete, *El Museo del Prado, antecedentes y reformas*; de D. José Lázaro Galdeano, *El manuscrito adicional número 18.851 del «British Museum», llamado Breviario de Isabel la Católica*; de D. F. Javier Sánchez Cantón, *Una obra maestra de la pintura francesa anterior a 1440 en España*; de D. José Puig y Cadafalch, *El claustro de Estany y la cerámica de Paterna*; de Mosén Gudiol, *Los esmaltes catalanes*; de D. F. Rafóls, *La decoración policroma de los techos catalanes de los siglos XIV al XVI*; de D. A. Durán, *El Ayuntamiento de Barcelona*; de D. Pedro Artñiano, *Los ligamentos característicos de los tejidos hispanomorisos*; de D. Jerónimo Martorell, *La conservación y el inventario de monumentos*, y una nuestra titulada *Inventario y clasificación de los monasterios cistercienses españoles*.

Varias de estas comunicaciones fueron traducidas al francés por el Sr. Vegué y Goldoni.

La Srta. Stella Rubinstein, que visitó recientemente España, leyó un trabajo sobre las obras que existen en nuestro país del escultor francés Gabriel Joly.

El Sr. Mâle y la «Influencia de las miniaturas en los orígenes de la escultura del Languedoc en el siglo XII»

Levántase de los escaños del anfiteatro Turgot y avanza hacia la Mesa, con unos papeles en la mano, el profesor Sr. Emile Mâle. Alto, entre los cincuenta y los sesenta años, con largos bigotes y lentes, detrás de los cuales brillan los ojos, pequeños y vivos, el profesor Mâle tiene sobre su exquisita cortesía como un poco fatigada, una expresión finamente irónica y desdeñosa, contrastando con la cordial *bonhomie* del Sr. André Michel.

El Sr. Mâle, profesor de la Sorbona, ha abierto nuevos caminos al estudio de las representaciones figuradas de la Edad Media; sus libros sobre arte medieval unen a un conocimiento profundo de la materia y una visión nueva y personal, la sugestión de un espíritu literario. Actualmente prepara una obra sobre el arte del siglo XII, y a ella pertenecen los párrafos leídos en esta sesión.

Trata en ellos de la *Influencia de las miniaturas en los orígenes de la escultura del Languedoc en el siglo XII*. Los antiguos escultores románicos han comenzado copiando miniaturas de los manuscritos. Hay una serie de códices españoles o de origen español, los *Comentarios del Apocalipsis del beato de Liébana*, que han ejercido una gran influencia, a la que contribuyeron las peregrinaciones a Santiago de Compostela, sobre la escultura románica del mediodía de Francia. No cabe duda de que en Moissac hubo uno de esos *Beatus*, y que a él le debe mucho su célebre pórtico, imposible de relacionar en cambio con las miniaturas carolingias. Las violas que tañen algunas figuras de esa abadía, recuerdan extraordinariamente las guitarras de los personajes del códice español. El Cristo en majestad rodeado de los veinticuatro viejos del Apocalipsis, es creación que se encuentra en los Beatos y de donde debió pasar a los pórticos franceses. Los pliegues de las esculturas románicas del Languedoc siguen la tradición de los miniaturistas meridionales, y las telas plegadas al cuerpo, así como otros detalles, no pueden explicarse más que por la copia de tales miniaturas, cuya influencia se extendió por toda la Aquitania. El señor Mâle refiérese principalmente al manuscrito de Astorga, y explica las relaciones entre los capiteles del claustro de Moissac (dos series: una del Apocalipsis y la otra la profesión de Daniel) y las iluminaciones de los citados códices.

A continuación, el Sr. Louis Brehier, tipo representativo del profesor clásico (lo es de Clermont-Ferrand), habla sobre *La escuela románica de escultura auverniense y el pórtico de Conques en Rouergue*, afirmando que esta obra es francamente de aquella escuela, cosa que confirma el Sr. Mâle; pero con la observación de que alguno de los artistas que trabajaron en Moissac, lo hicieron también en Conques.

En la recepción del Ayuntamiento de París hemos conversado con el Sr. Mâle de la estimación que por sus obras tenemos en España y del gran número de discípulos y admiradores con que cuenta entre los que en nuestro país nos interesamos por la historia del arte. Con singular elogio nos habló él de *Las iglesias mozárabes*, de Gó-

mez Moreno, y, en términos también encomiásticos, del libro de Orueta sobre *La escultura funeraria en España*.

La comunicación leída en el Congreso por el Sr. Mâle fué interesantísima, singularmente para los españoles, quienes hemos visto durante muchos años desconocida y negada por los franceses la independencia de algunos momentos de nuestro arte, olvidando que, durante el siglo X, fué Córdoba el centro más refinado de occidente, y que de allí partieron fecundos movimientos artísticos, ahogados con frecuencia por los que Europa nos enviaba; pero potentes otras veces para, pasando los Pirineos, influir en la civilización francesa.

La organización de los Museos

Es ésta cuestión que dió lugar a interesantes discusiones en el Congreso. Lo fué, sin duda, la sesión en la que el Sr. Henri Focillon, profesor de la Universidad de Lyon, habló con fino espíritu de «El concepto moderno de los museos».

Hay que tener en cuenta en ellos las conveniencias de los artistas, de los historiadores y del público. Éste debe salir de sus salas con una visión acrecentada de la vida; más que para aprender, debe frecuentarlos para ser feliz y para amar. Cada Museo debe poseer un ambiente distinto, y, singularmente en los de pintura, hay que condenar totalmente el antiguo sistema de agrupar gran cantidad de obras en poca superficie: el espacio alrededor de un cuadro, es como el silencio en torno de la música.

Ante el aumento extraordinario de las colecciones, que van necesitando de superficies enormes para su exposición (tres mil vasos galorromanos, por ejemplo, en un solo Museo), gentes más eruditas que dotadas de espíritu artístico, patrocinan la división de ellos en dos categorías: primaria y secundaria; en salas de visita (en las que estén los objetos de primer orden), y salas de estudio; para el público, una, y para los hombres de ciencia, la otra; así lo han hecho ya algunos Museos. Idea tan limitada de lo que es fundamentalmente la historia del arte, fué defendida por el egiptólogo belga Sr. Capart, y, en parte, por el Sr. Théodore Reinach, y no sólo no obtuvo la crítica merecida, sino que algo subrepticamente se introdujo entre las conclusiones del Congreso.

Si ello se realizase, si hiciésemos museos para eruditos y museos para *dilettanti*, ahondaríase el antagonismo ya existente entre esas categorías que deben darse idealmente en el mismo hombre, de sólida ciencia a la par que sensible gozador de los viejos objetos de arte a cuyo estudio ha consagrado su vida. Una obra artística cualquiera, además, para adquirir su pleno valor, por considerable que sea su calidad estética, ha de estar entre todas aquellas que la engendraron, de las cuales fué consecuencia, las que formaron la atmósfera en la que se desenvolvió, y las que le sucedieron en la evolución eterna del arte. La idea básica de la historia artística, como la de todo lo humano, es la de una evolución constante, de un continuo devenir, y sin tenerla en cuenta, la ciencia pierde su sentido vital para convertirse en fórmula o receta.

¿Cuáles serían, además, los objetos más importantes o más bellos de una colección? Tan sólo un profesor encerrado en su disciplina, como un monje en su celda, sin más amplia visión ni trato con esa general cultura a la que se ha dado el bello nombre de *humanidades*, puede creer en un criterio científico y permanente que determine la excelencia de los objetos de un Museo. Éstos no hablan a todos el mismo lenguaje; su principal valor dimana del sentir que en nosotros producen. Dejemos que cada cual tenga sus particulares predilecciones en arte, y no les digamos oficialmente a las gentes ante qué obras han de gozar y manifestar su admiración. «Los objetos de arte de categoría estética humilde—ha dicho en una conferencia reciente el maestro D. Manuel B. Cossío—forman el coro que ha de acompañar a los grandes; sin aquéllos no hubieran podido producirse éstos, y así, sirven para explicarlos y comprenderlos.»

El problema de la magnitud abrumadora de algunos Museos, inmensos almacenes, puede resolverse subdividiéndolos, instalándolos en locales menores y separados, dándoles en ellos un ambiente apropiado, sin la fatigosa angustia que produce el visitar las grandes colecciones y que perjudica el goce de las obras de arte. Cada día que pasa, el concepto de hace cincuenta años del Museo parece más equivocado a la sensibilidad contemporánea y envidiase más a las naciones que, como la nuestra, han conservado en sus iglesias y conventos las obras artísticas en el ambiente para que se crearon y en el que han perdurado.

Pedagógicamente condenemos la admiración ininteligente hacia las obras de arte, tan extendida en estos tiempos. Suelen tener las gentes una gran propensión a extasiarse ante lo consagrado y a hacer objeto de sus entusiasmos lo que el historiador o el profesor aseguran que posee excelsa calidad estética. Nada más nocivo que el maestro que dice a sus discípulos: «Contemplad esa obra tan bella»; la admiración o la repulsa deben ser siempre sentimientos individuales que el maestro ayudará a suscitar explicando las cualidades de la obra artística.

El Sr. Reinach reclamó un puesto importante para el cultivo del gusto en la enseñanza artística, y el Sr. Capart dijo que se ha dado excesiva importancia a la cultura estética en detrimento de la intelectual.

Las restauraciones de monumentos

El Sr. Wirth, consejero de Instrucción Pública de la República checoslovaca, leyó en una de las sesiones una comunicación sobre «Conservación y restauración de las obras de arte»; la del Sr. A. Bachiani titulábase «Acuerdos internacionales para la reintegración de las obras artísticas dispersadas», y la del Sr. Martorell, secretario del Instituto de Estudios Catalanes, «Conservación e inventario de los monumentos».

La comunicación del doctor A. Morassi, muy interesante, versó sobre «Problemas referentes a la conservación y restauración de los monumentos deteriorados por la guerra», declarándose partidario de que se manifieste el temperamento y carácter modernos en las reconstrucciones, mientras que el Sr. V. Fasolo, en la suya,

titulada «Restauración de los monumentos deteriorados durante la guerra en Dalmacia», abogó porque se dejen intactas las grandes ruinas, que costaría mucho reconstruir.

La comunicación del holandés Dr. Jan Kalf, «Método de restauración de los monumentos históricos», acompañóse de proyecciones, y por ellas vimos restauraciones radicales y monumentos que quedaban después de hechas completamente nuevos y de aspecto desgraciado. Varios congresistas defendieron la posibilidad de restaurar en sentido moderno los edificios antiguos.

Finalmente, el abogado Sr. Fabrizi trató de la posibilidad de un «Acuerdo internacional para la defensa de los monumentos de arte», emitiendo la sana doctrina de que las obras artísticas son inseparables del país que las ha creado, y el Sr. J. Roosval, profesor de la Universidad de Estocolmo, estudió los métodos de inventario de los monumentos de arte religioso en Suecia.

Muestra del interés que despiertan estas cuestiones es la proposición hecha para que se reuniera un Congreso especial que trate de la restauración, protección y conservación de las obras de arte y de los monumentos, al cual se invitaría, no solamente a historiadores de arte y arqueólogos, sino también a artistas, coleccionistas notables, restauradores, químicos, juristas; es decir, a todos aquellos que con su especial competencia pueden aclarar cuestiones tan complejas.

Si teóricamente tratóse en el Congreso de este discutido problema de las restauraciones, en las excursiones pudimos ver el criterio practicado con relación a él por algunos arquitectos de los Monumentos históricos franceses. Desgraciadamente, se restaura todavía bastante en Francia, y escuchando al Sr. Deneux el proyecto de trabajos a realizar en la catedral de Reims, pensábamos que, si para un español es muy fácil comprender y gustar de un edificio deteriorado o incompleto, para un francés, hombre metódico y ordenado, viviendo entre cosas perfectamente terminadas y en buen uso, es tal vez algo que repugna a su espíritu. Si nosotros estamos acostumbrados a las ruinas y a las obras inacabadas, y entre ellas vivimos gustosamente, los franceses han tendido siempre a derribarlas por completo o a reconstruirlas. Todas las teorías — y la práctica — de nuestros arquitectos restauradores vinieron de Francia, y son genuinos galicismos; lo propiamente nacional consiste en dejar las cosas tal como van estando, en manos de la voluntad divina.

La Biblioteca de Arte y de Arqueología

La calle Spontini, cerca de la puerta Dauphine, es una de estas calles próximas al Bosque de Bolonia, tranquilas y distinguidas, de aspecto tan distinto a las del París abigarrado de los grandes bulevares o a las cordiales y más íntimas del *Quartier*. Allí, en una casa burguesa y correcta, como todas las del barrio, albergase la Biblioteca de Arte y Arqueología de la Universidad de París.

Formóse mediante la donación hecha a la Sorbona de 80.000 volúmenes hace pocos años. El hombre que había reunido tan espléndida Biblioteca de Arte y que

supo desprenderse de ella con tal generosidad, no era un sabio, ni un erudito, ni un profesor cuya vida hubiera transcurrido entre los libros, a los cuales debiera los goces más intensos de su espíritu, sino el célebre modisto Sr. Jacques Doucet. El hecho puede dar idea del amor por la cultura intelectual de este pueblo francés. Camino de la calle Spontini pensábamos con tristeza en que para que un español acreciente con sus donativos nuestras Bibliotecas es necesario que, como el Sr. Cebrían, haya pasado gran parte de su vida fuera de su país, y recordábamos que las colecciones particulares de libros en España dispérsanse en almoneda a la muerte de sus dueños, como pasó con la de Cánovas del Castillo.

Esta Biblioteca de Arte y Arqueología, acrecentada hoy día hasta los 100.000 volúmenes, es un grato lugar de trabajo. Para penetrar en ella no hay que gastar el tiempo en largos y prolijos requisitos, ni siquiera llenar una papeleta impresa. Los libros están repartidos en estancias pequeñas, según sus materias, y al alcance de la mano; hay un gran silencio y una calma grata para el estudio. Luego, al salir, la Avenida del Bosque, con el Arco de la Estrella al fondo, es un buen tránsito entre el mundo sugeridor de los libros y la vida febril de la gran ciudad.

Esta Biblioteca publica desde 1910 un *Repertorio de Arte y Arqueología*, bibliografía de revistas y de catálogos de ventas de arte de todo el mundo, que presta un gran servicio a los que se ocupan de cuestiones artísticas.

En una comunicación al Congreso, el Sr. André Joubin, conservador de la Biblioteca, ha explicado su organización, y el Sr. Marcel Aubert, conservador agregado al Museo del Louvre, habló del *Repertorio* y de la necesidad de una bibliografía de artistas.

París, con sus numerosos cursos de Historia del arte, con sus grandes Museos y colecciones, con esta magnífica Biblioteca, cuando el servicio fotográfico de Bellas Artes haya adquirido la importancia que parece tendrá en pocos años, y el Museo de Vaciados del Trocadero se acreciente considerablemente, conforme se ha pedido en el Congreso, será un lugar único para el estudio de la historia artística de la Humanidad.

El Servicio fotográfico de Bellas Artes

Con motivo de la celebración del Congreso de Historia del Arte, la Comisión de los Monumentos Históricos organizó una Exposición de fotografías, planos y dibujos de los monumentos franceses en la parte del Palacio del Louvre ocupada por la Unión Central de las Artes Decorativas. Figuraban en ella unas 1.100 fotografías y un centenar de planos, alzados y secciones, agrupados por regiones y seleccionados con objeto de mostrar los tipos más característicos de las diversas provincias francesas. Procuróse también, para los monumentos víctimas de la guerra, mostrar las fotografías anteriores a ella y las de su estado actual.

Dirigió la visita de los congresistas a esta Exposición el arquitecto y actual director de Bellas Artes, Paúl Leon.

Otro día se nos invitó a conocer el funcionamiento del Servicio fotográfico de

ARQUITECTURA

Bellas Artes, establecido en la calle de Valois, junto al Ministerio de Instrucción Pública. Organizóse en 1919 a base de los antiguos archivos fotográficos de los Monumentos históricos (unas 70.000 fotografías), y del Servicio fotográfico del Ejército, que posee 120.000, hechas durante la guerra. El presupuesto anual de este Servicio de Bellas Artes es de 400.000 francos. Comiénzase a hacer el inventario fotográfico de los Museos, y piénsase en completar metódicamente, departamento por departamento, sus series de clisés, de dibujos de arquitectura, de reproducciones de pinturas murales. Para facilitar los estudios de historia artística, este Servicio hace la fotografía del objeto o edificio que se le pida, cobrando tan sólo la prueba, como si fuera de un clisé que tuviera ya en sus archivos.

Excursiones y visitas

Con un tiempo incomparable de días otoñales de sol, las excursiones, inevitablemente demasiado rápidas, constituyeron una de las partes más agradables del Congreso.

Camino de Chartres pudimos admirar el maravilloso cultivo de esta campiña de Francia, tan trabajada y fértil, sin un palmo de tierra en el que no se perciba el vigilante cuidado del labrador. Parece que las gentes que viven del trabajo de los campos han ganado bastante dinero durante la guerra y guardan hoy día las monedas de plata y oro desaparecidas de las transacciones; pero, a pesar de su riqueza, no han sentido, como en otras partes, la atracción de las ciudades y el deseo de trasladarse a ellas a llevar una mezquina vida de burgueses ociosos.

En Chartres, después de visitar detenidamente la catedral, el museo y la iglesia de San Pedro guiados por el Sr. Marcel Aubert, sagaz historiador de algunos monumentos de la Edad Media, damos un paseo delicioso por las viejas calles de la ciudad. La vida en ella parece fácil, tranquila y agradable, cuidadas con esmero las casas y las calles, sometido todo a una disciplina que está en el espíritu de la raza.

Por una carretera en gran parte asfaltada, con encintado de piedra, bordeada de árboles frutales, vamos otro día a contemplar las bellas ordenaciones tan francesas del parque de Chantilly, y el castillo, guiados por el Sr. Macon. En la galería de los Espejos del palacio de Versalles celebróse un concierto en honor de los congresistas, y una excursión final a los castillos de Fontainebleau, Conrance y Vaux-le-Vicomte nos permitió conocer esas magníficas residencias.

En los salones de la Dirección de Bellas Artes del Ministerio de Instrucción Pública celebróse una agradable velada; en la Ópera, una representación en honor de los congresistas, y en el Ayuntamiento, una recepción por la tarde.

Los congresistas visitamos las colecciones del Sr. Durand-Ruel, del Sr. Camondo, de los barones Mauricio y Edmundo de Rothschild y el hotel Lambert, e invitados amablemente por el Sr. Théodore Reinach, director de la *Gazette des Beaux-Arts*, tomamos el té en su casa de la plaza de los Estados Unidos.

En Reims

Si en la excursión a Chartres los congresistas pudimos entrever el apacible y grato vivir de una villa de provincias en la parte más rica de Francia, la visita de Reims suscitó, con sus reliquias de la pasada hecatombe, emociones menos plácidas.

Bastante antes de llegar a la ciudad mártir, por el camino de París, el tren pasa por junto a villas en ruinas como preparando a la visión trágica de aquella población. Y no son sólo las agrupaciones humanas las que testifican la barbarie guerrera; de trecho en trecho, entre las arboledas magníficas que comienzan a amarillear presagiando el otoño, grupos de árboles secos y encogidos, conservando en parte sus hojas de color de tabaco, son testimonio de la acción de los gases asfixiantes. A medida que el tren se acerca a Reims, el paisaje encantador y grato de esta región francesa, con sus espesas arboledas, sus canales de aguas mansas y orillas tan cuidadas, todos estos campos en los que se ve la huella del trabajo ordenado y metódico de muchas generaciones de obreros pacientes, van cambiando su dulce aspecto, hasta convertirse, en los alrededores de esa ciudad, en tierras incultas y abandonadas, de grandeza tan desolada y trágica que, más que por los odios de los hombres, parece producida por la maldición de un dios cruel y vengativo.

No es tan trágico el aspecto de la ciudad de Reims, porque entre las calles en ruinas, entre las casas que tan sólo conservan de su anterior existencia unos trozos de muros hendidos, pulula una muchedumbre afanosa que convierte la población en feria permanente. En cuanto han podido volver a la ciudad las familias que la guerra no disolvió por completo, se han instalado como Dios les dió a entender entre las ruinas, y allí venden postales, libros, toda clase de recuerdos más o menos auténticos de la hecatombe. Siéntese que ante catástrofes aun más horribles, estas gentes hubieran continuado sacando el mayor partido posible de la vida, y que el recuerdo de los muertos y de los sufrimientos pasados no les impide dedicarse con afán a la pequeña labor diaria.

Por todas partes hay barracas y tenderetes en los que se vende de todo; con admirable vitalidad, la ruina y la desolación explótanse actualmente como tan sólo los franceses saben hacerlo, y corre tal energía vital por las gentes de esta raza, tan gran sentido de continuidad y permanencia, que siéntese como en breve lograrán borrar las huellas de la guerra y convertir los campos y ciudades aun hoy arrasados en lo que eran antes de ella. Aumenta el aspecto de feria la muchedumbre enorme de visitantes de todos los países que diariamente acude a Reims, y los obreros extranjeros que trabajan en la reconstrucción; en las tabernas y cafés vense hombres pintorescos y exuberantes de razas meridionales.

He aquí la catedral, dorada por el sol de la Champaña, la catedral bombardeada durante cuatro años y aun en pie. Su estructura arquitectónica no ha sufrido pérdidas irreparables: seis bóvedas, algunos pináculos y arbotantes están destruidos.

Pero las esculturas que decoraban sus portadas y su exterior, aquellas magníficas estatuas a las que, como al Ángel sonriente y a la Virgen célebre, acudía la Humanidad, al igual que a la Victoria de Samotracia, los frontones del Partenón,

el techo de la Sixtina o la Gioconda de Leonardo, cuando deseaba contemplar la belleza eterna, esas estatuas, dotadas de tan intensa vida espiritual, ya en gran parte no existen. Unas sucumbieron víctimas del bombardeo; otras calcinaronse al incendiarse los andamios que rodeaban la torre del norte en 1914: setenta en total fueron víctimas de la guerra.

Dentro del templo, en el umbral de las naves devastadas, nos recibe un viejecito espiritual, con el pelo blanco, un poco encorvado por los años, no excesivamente preocupado de sus vestiduras, como hombre más atento a su interior que al aspecto externo de las cosas: es el cardenal Luçon, arzobispo de Reims. Durante la guerra, cuando toda la población civil desalojó la ciudad, él permaneció al lado de su catedral, testigo dolorido de las heridas que iba recibiendo. Oyéndole parece escucharse el alma del santuario cuando con palabra cálida nos refiere la historia de su bombardeo, y, al terminar, con energía conmovedora, afirma que no se utilizó nunca para fines militares. Al retirarse el venerable prelado, una gran caja en la nave de la catedral recibe los donativos de los congresistas destinados a su reconstrucción.

Luego, un arquitecto, el Sr. Deneux, y el Sr. André Michel, dirigen la visita por toda ella. Diez años parece que se tardará en reconstruirla, y oyendo a aquél se entrevé al cabo de ellos un templo intacto, de aristas impecables, como recién terminado, salvo la escultura. Tengamos fe en que estas gentes tan finamente espirituales que abundan en Francia, como el Sr. André Michel, no consentirán la reconstrucción total de muchos elementos que no afectan al equilibrio del edificio.

Por la tarde, es la visita a los campos de batalla próximos a la ciudad: el espectáculo de desolación infinita — ¡después de tres años de paz! — de un paisaje lunar, sin un árbol, sin una brizna de hierba, como si la Naturaleza no quisiera reanudar su obra fecunda en tierra testigo de tantos dolores. Leguas y leguas sucedense los agujeros cónicos producidos por los proyectiles, y no queda un palmo de tierra que no haya sido removido por ellos. Vense millares de metros de alambradas oxidadas, galerías entibadas que se hunden en la tierra, evocadoras de la vida troglodítica de millones de hombres durante años enteros, trincheras y parapetos de sacos.

Volviendo a París, atrás ya las tierras devastadas, cruzando por este paisaje tan suave, en el que todo está cuidado y regularizado, pensamos en que han de pasar aún muchos años antes de que los franceses puedan pensar sin rencor en la Gran Guerra. Los muertos van hundiéndose cada vez más profundamente en la sombra del recuerdo, y la vida, con sus diarios afanes, nos aleja rápidamente de ellos; los millares de casas destruidas se levantarán en breve tiempo, borrándose por completo las huellas de la ruina de tanto hogar; la misma catedral, al cabo de diez años, parece que estará otra vez completa, si triunfa el desgraciado criterio de algunos arquitectos franceses, aunque estos ángeles y estos santos que sonreían bellamente bajo el sol de la Champaña, conserven las huellas imborrables de los proyectiles y del incendio; pero la generosa tierra fecunda y trabajada que el francés ama sobre todas las cosas, tardará aún muchos años en recobrar su anterior aspecto en los inmensos campos de batalla, y hará falta el trabajo tenaz de varias generaciones para que el suelo maldito contribuya al sustento del hombre.

El mariscal Pétain decía a los que deseaban conservar el fuerte de Donmont en

su estado actual, como un monumento a los muertos, que ello le parecería bien si la lucha no volviese a comenzar. Lejanos ya los muertos, reconstruidas las ciudades y los pueblos con aspecto más moderno que el que antes tuvieron, renovada la catedral de Reims, ¿volverán otra vez a precipitarse uno sobre el otro los dos pueblos, volverá de nuevo tanto dolor y tanta ruina?...»

El próximo Congreso

En la sesión de clausura, el Sr. Adolfo Venturi leyó una interesante conferencia sobre *Las artes en Italia en la época de Dante*.

Al día siguiente, reunido el Congreso en Asamblea general, en la Sorbona, discutieron las conclusiones y el lugar de la próxima reunión. Insistentemente propusieron varios congresistas, y entre ellos el Sr. Fierens-Gevaert, que fuera Bruselas. Acogióse la idea con gran simpatía; pero el Sr. André Michel, que presidía, no quiso, muy discretamente, que se adquiriese compromiso sobre ello.

El próximo Congreso debe ser internacional; a él concurrirán historiadores de arte de todo el mundo; liquidada la guerra y serenados los espíritus, la solidaridad científica deberá ser una realidad. Bélgica no es el sitio más a propósito para esta labor de unión, y una nación en la cual la guerra no haya dejado tan profundas huellas, habrá de acoger a los historiadores del arte.

Tal vez sea Inglaterra; los españoles que presenciábamos la discusión, lamentábase que en Madrid no haya un ambiente propicio y más elementos para haber ofrecido al Congreso próximo la hospitalidad de nuestra ciudad.

Las conclusiones

Mientras cambia la estructura — tan siglo XIX — de los Congresos y llega un día en que se prescindan en ellos de la balumba de sesiones, comunicaciones y conclusiones, estas últimas son tan fundamentales en su programa como la reina de la fiesta en unos juegos florales, o el presidente en una Sociedad más o menos científica.

Suelen ser tales conclusiones un desahogo lírico de última hora de unos pocos congresistas tenaces, supervivientes de las numerosas sesiones anteriores, convencidos de antemano de que no tendrán eficacia ni resultado alguno. Precipitadamente, en una sesión final, presentáronse en este Congreso de Historia del Arte, discutiéndose y adoptándose las conclusiones siguientes:

«El Congreso, en su deseo de asegurar la continuación de los trabajos realizados por él y la preparación de los futuros, teniendo en cuenta que varias cuestiones deben ser estudiadas por especialistas o Comisiones, encarga a la Sociedad de Historia del Arte francés de su designación y nombramiento, respectivamente, invitándola al propio tiempo a que permanezca en comunicación con los Comités nacionales de los distintos países y a centralizar las comunicaciones y noticias que completen los trabajos del Congreso. Éste toma en consideración la propuesta hecha

ARQUITECTURA

por los delegados belgas de celebrar el próximo Congreso en Bruselas; invitación que fué acogida con gran entusiasmo.

»El Congreso, reconociendo la utilidad que hay para todos los que se ocupan de la historia del arte en poseer una información exacta sobre las fotografías realcionadas con sus trabajos y sobre la posibilidad de mandar hacer las que para ellos necesiten, desea que el Comité nacional de cada país nombre un representante que, en un plazo máximo de seis meses, redacte un informe sobre las colecciones de fotografías existentes en su país, la organización de los servicios fotográficos establecidos en él y los organismos susceptibles de ser desarrollados o creados. Invita a la Sociedad de Historia del Arte francés a centralizar éstos informes y a suscitar posteriormente un cambio de impresiones entre los representantes de los diferentes países.

»El Congreso invita a la Sociedad de Historia del Arte francés a solicitar en momento oportuno, de los organizadores del próximo Congreso, que éste se ocupe, en una Sección especial, de las cuestiones más importantes relativas a los procedimientos de restauración de los monumentos arquitectónicos, y que con este fin, un cuestionario se redacte y envíe a los diferentes Comités nacionales del próximo Congreso, con tiempo suficiente para que pueda ser en cada país estudiado por las Sociedades competentes antes de la reunión del Congreso.

»El Congreso declara su deseo de que cuanto antes se haga un repertorio bibliográfico, completo y científico, de los catálogos de ventas artísticas.

»El Congreso indica la conveniencia de que una Comisión estudie la posibilidad de publicación de un vocabulario de arqueología monumental (políglota).

»El Congreso solicita que una Sección especial de arte moderno y contemporáneo se cree en la organización del Congreso futuro.

»El Congreso indica la conveniencia de que se dé al arte moderno en todos los grados de la enseñanza valor equivalente al que se da a las artes antigua y medieval.

»El Congreso aspira a que la enseñanza técnica se organice seriamente en las escuelas de Bellas Artes, y que el estudio de los colores y de sus reacciones químicas se intensifique lo más posible.

»Después de haberse enterado de las conclusiones redactadas por diferentes miembros del Congreso, éste propone:

1.º Que en todos los grados de enseñanza, la historia del arte se profese con las garantías de competencia necesarias;

2.º Que los Poderes públicos protejan a las Sociedades creadas con objeto de desarrollar en la juventud el amor de la belleza bajo todas sus formas, y que los Gobiernos y Municipalidades subvencionen cursos de historia general del arte y excursiones-conferencias que se implantarían en todos los sitios en los que personalidades capaces pudieran asumir la dirección; y

3.º Que en los seminarios se organicen cursos y conferencias de historia del arte, y que para ello se recurrirá a los obispos, inculcando en los eclesiásticos jóvenes la afición al arte de su país, con el objeto de que contribuyan a la conservación de las obras artísticas que existen en las iglesias.

»El Congreso aspira a que los museos importantes se dividan en dos Secciones, una dispuesta para la educación artística del público, y reservada la otra a los especialistas.

El Congreso manifiesta al Sr. Jacques Doucet, fundador de la Biblioteca de Arte y Arqueología, la gratitud de los eruditos por la generosidad con que ha ayudado a los estudios artísticos.

El Congreso desearía que todas las publicaciones que traten de las artes de la Edad Media y del Renacimiento, sobre todo cuando lleven ilustraciones, inserten un índice iconográfico detallado; que todos los catálogos de manuscritos con pinturas y todos los repertorios de pinturas de manuscritos, mencionen la nota de las reproducciones publicadas anteriormente de esas pinturas.

El Congreso desearía que los Museos se ocupasen inmediatamente en preparar la publicación de los cuños y marcas de las armas y armaduras que poseen, y que los coleccionistas les sigan en ese camino.

AL MARGEN DEL CONGRESO

París, o el orden y la medida

París, después de la guerra, produce la misma impresión de equilibrio de siempre. A través de los años el espíritu de la ciudad desarróllase conservador y refinado; por parte alguna se percibe una nota más aguda que desentone en la armonía general. La ciudad, en ese aspecto, contrasta violentamente con Madrid, en donde vemos inmediatas las cosas más heterogéneas, notándose la falta de tendencias sociales y colectivas y el exceso de individualismo de nuestra raza ibera.

La tradición en Francia — y París es en ello resumen de la gran nación — no se ha perdido; más o menos soterrada, perdura siempre, y el pasado enlázase con el presente sin solución de continuidad. Los franceses pueden trabajar sobre la labor de las generaciones anteriores; más dichosos en ello que otros pueblos, no tienen que comenzar nuevamente la tarea, porque bastante de lo ya hecho, abandonado durante algún tiempo, yazga en ruinas, o porque la obra anterior sea tan deleznable y misérrima que no sirva de apoyo a nuevas empresas.

Semejante espíritu de continuidad ha producido un París de aspecto equilibrado, de gran unidad, refinadamente artístico. Las grandes perspectivas de toda la ciudad, los maravillosos jardines, las plazas, los palacios, esta incomparable avenida del Observatorio, con sus dos filas de árboles, cuyas hojas comienzan a amarillear en los días últimos del Congreso, todo el aspecto de la gran capital es una fiesta continua para los sentidos.

En algún rincón hay notas disonantes que tratan de atraernos con la sugestión de su aspecto llamativo y ultramoderno; pero tras de él, suele percibirse la explotación comercial del rasticapuerismo extranjero, como en estos bailes y espectáculos de Montmartre, ante los que se extasían y pagan americanos del Norte y del Sur, y españoles que acuden a París con la inocente pretensión de gustar nuevos placeres o de acrecentar los ya sentidos.

Esa impresión de armonía da en grado sumo el arte urbano. Las construcciones modernas no disuenan, no chocan con las cercanas; la arquitectura es en Fran-

cia un arte conservador por excelencia. Cuando hemos hablado a un arquitecto francés de nuestra afición por el teatro de los Campos Eliséos, con un gesto de desprecio profundo nos ha contestado: «¡Eso es arte *boche!*». El mismo espíritu tenía el informe del arquitecto Sr. Pascal cuando se trató de celebrar el segundo Salón de Otoño en el Gran Palacio de París, en el cual propuso que no se autorizase, puesto que ese edificio estaba reservado a los artistas y no a los vendedores de cuadros. La pretendida oposición entre los arquitectos de la Escuela de Bellas Artes y los de los Monumentos históricos, no parece muy profunda. Si ello cierra nuevos caminos a la arquitectura y produce al cabo algo de impresión de monotonía, permite alcanzar un refinamiento artístico grande. Trabajando generaciones y generaciones en el mismo sentido, han logrado crear algunas formas depuradas.

Bajo el Arco de la Estrella, la sepultura del soldado desconocido es como la síntesis del refinamiento y la mesura franceses. A ras del suelo, bajo la enorme bóveda, una gran losa de piedra dice en letras excavadas la siguiente inscripción:

ICI
REPOSE

UN SOLDAT FRANÇAIS
MORT
POUR LA PATRIE

Ni más ni menos. ¡Qué sentido de sobriedad y buen gusto hace falta para que entre la emoción de lo que la anónima tumba significa y el sentimiento popular no se hayan interpuesto mármoles y bronceos gesticulantes y aparatosos! Flores y coronas rodean constantemente la sepultura; no faltan nunca ante ella gentes en actitud recógdida, y cuando esas flores del recuerdo se han dispersado un poco por los viandantes o por el aire, de entre la multitud que contempla la tumba con piadosa emoción, se destaca alguna muchacha que vuelve a colocar todo en orden perfecto, lo más simétricamente posible.

Visitando a los liquidadores del arte antiguo

En compañía del Sr. Lázaro Galdeano hemos recorrido las casas de los anticuarios más célebres de París, de los hombres por cuyas manos han pasado tesoros incalculables de arte, arrancados del ambiente para el que se crearon y vendidos luego a las grandes colecciones y museos de Europa y América. En el número 25 del Quai Voltaire tiene su colección el anticuario Sr. Schutz; para un español es lugar aquél de amarga peregrinación. Allí está el patio de la Infanta de Zaragoza, perfectamente armado y acomodado, como si hubiera sido hecho para el lugar que actualmente ocupa; los que le conocimos en el palacio zara-

gozamos podemos notar en cuánto el ambiente que rodea a las obras de arte contribuye a su belleza expresiva. Otras obras menores, tablas aragonesas y catalanas, esculturas, tapices y bordados, reconocemos como procedentes de nuestra patria en la casa del Sr. Schutz.

El Sr. Demotte es otro de estos grandes anticuarios capaces de imponer la moda a coleccionistas y *dilettanti*. Hace pocos años los fragmentos de arquitectura de piedra y mármol tenían escaso valor en el comercio de arte antiguo, no eran solicitados. El Sr. Demotte empezó a almacenar capiteles románicos, trozos decorativos góticos y de renacimiento, y poco a poco se fué imponiendo el gusto por los restos de antiguos edificios.

Hoy, entre cuadros que ocuparían lugar preferente en un Museo y objetos de todo género, adquiridos con un delicado criterio artístico casi todos, el Sr. Demotte guarda una colección maravillosa de cerámica oriental, esperando tal vez el momento próximo en el que adquiera su máximo valor por las fluctuaciones del *dilettantismo* artístico.

Algunos de estos anticuarios sienten el amor de las cosas bellas que pasan por sus manos, como este Sr. Schutz, que no ha querido desprenderse del patio de la Infanta; pero en ellos, como en casi todos nuestros coleccionistas, el sentimiento comercial de chamarilero más o menos refinado, es el que predomina, y no alcanzan la superior exquisitez espiritual de gozar de las cosas bellas sin desear su posesión.

En el Salón del Automóvil

Una muchedumbre ruidosa llena el Gran Palacio, de formas tan «Exposición Universal» y envejecidas tan presto como las del Trocadero. Son recuerdos desagradables que aquellos grandes certámenes dejaron en París; aun la torre Eiffel posee cierta grandiosidad que la salva: su estructura metálica no pretende ser decorativa, como las formas desgraciadas del Gran Palacio.

El enorme local está lleno de automóviles de todos los países. Mecánicamente parece que este último Salón no ha tenido importancia alguna ni ha mostrado avance técnico sobre los anteriores. Las ventas, a consecuencia de la crisis económica del mundo, han sido muy escasas.

Ambos aspectos del Salón no nos interesan; recorreremos sus instalaciones únicamente para juzgar de las formas de los automóviles expuestos. Y en esto sí que existe un progreso evidente, y hay algunos coches, como un magnífico super Fiat de doce cilindros, que son verdaderas creaciones artísticas.

A los antiguos automóviles con grandes ruedas, altos de caja, con el *capot* muy elevado, recordando aún a sus inmediatos antecesores los coches de tracción animal, han substituído estos otros de ruedas pequeñas, de cajas casi tocando al suelo, de *capot* largo y afilado, automóviles que parecen arrastrarse a grandes velocidades más que rodar por las carreteras. Sus formas son geométricas y precisas; sus líneas, seguidas, dominando la horizontalidad; suelen ir pintados de un solo tono; los reflejos del metal blanco o amarillo de faros y portezuelas animan el conjunto.

Como en las casas modernas, a un exterior sobrio y casi geométrico corresponde un interior refinado, que se percibe a través de las lunas de los grandes ventanales. Admirablemente tapizados, con sus mullidas butacas giratorias, estos automóviles son una de las expresiones más felices del lujo moderno.

De las grandes carrozas de otros tiempos, tan pintorescas y recargadas, a estos vehículos del presente, ¡qué distancia más enorme ha recorrido la Humanidad! Aquéllas eran de extraordinaria abundancia decorativa y sencillez estructural; los automóviles presentan a la vista formas casi matemáticas, dentro de las cuales ocúltase una complejidad mecánica maravillosa.

Como las grandes fábricas, los puentes gigantes, los enormes depósitos de agua de cemento armado, los barcos de millares de toneladas y los rascacielos, los automóviles modernos poseen una indiscutible belleza característica del momento presente.

El profesor Ivanoff en España

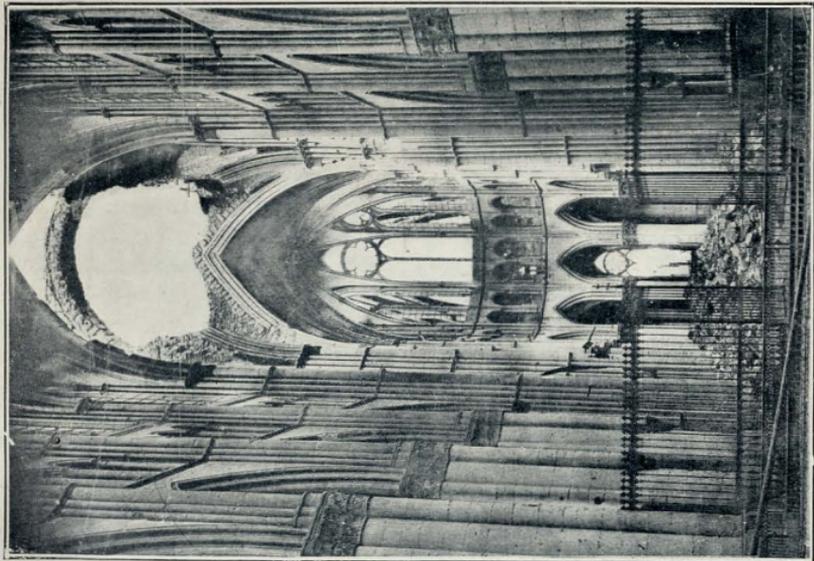
Volvemos a España en compañía del Sr. Jordán Ivanoff, profesor de la Universidad de Sofía, quien desea conocer nuestro país y estudiar unos manuscritos griegos de la Biblioteca Nacional de Madrid. Es un eslavo intelectual, conocedor profundo de todo el oriente y de las grandes naciones del centro de Europa.

Después de cruzar las fértiles y cuidadas campiñas francesas, hemos llegado a la frontera. Para todo extranjero que nos visita por primera vez, tras ella ábrese un país de leyenda, pintoresco y sugestivo, de clima ardiente, poblado de bosques de palmeras y naranjos.

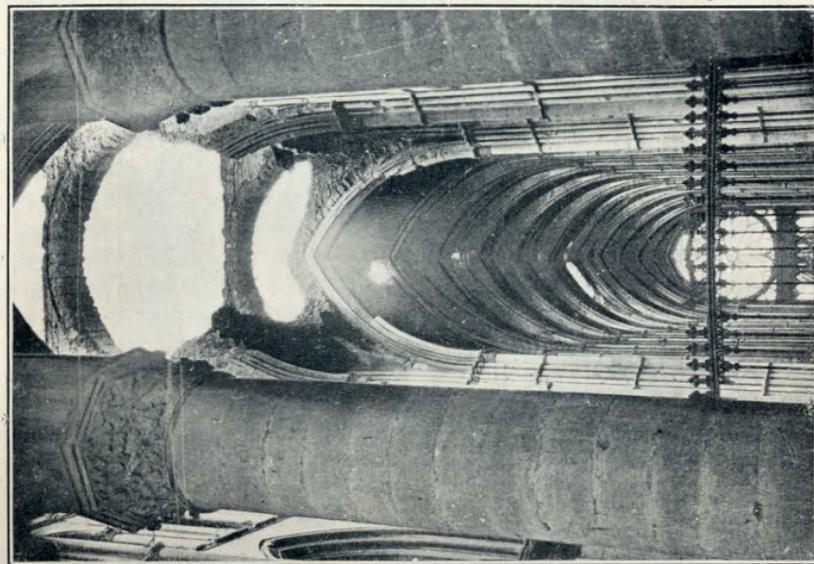
Hasta llegar a tierras burgalesas, el tren recorre una región montañosa y húmeda, de abundante vegetación, con pintorescas casas esparcidas por el campo, con pueblos modernos de viviendas confortables. El extranjero créese aún en la Europa central. Pero a medida que el tren avanza por la meseta, va notando cuán diferente es esta tierra seca, pobre y llana, casi sin árboles, de los huertos de naranjos y limoneros que él imaginó. Contrastando con la campiña francesa recién cruzada, suave y rica, estas tierras miserables y estos pueblos de casas medio arruinadas, prodúcenle triste impresión. «La stérilité du pays — decía un viajero francés en 1659 — ce défaut de culture, vient de quatre causes: du peu d'hommes qui l'habitent, de leur paresse & de leur orgueil, de la sécheresse de la terre & des grands impôts dont les peuples sont chargez» (1). El extranjero se pregunta asombrado cómo pueden vivir las gentes sobre un suelo que parece tan misero.

El profesor Ivanoff ya está en Madrid. Al día siguiente de su llegada ha salido del hotel a las nueve y media y ha descendido por la calle de Alcalá hacia la Cibeles. Barrian las tiendas echando el polvo a la calle, sacudían sillas y alfombras, los carros se iban llevando las hasuras; la primera observación del profesor Ivanoff ha sido la de que los madrileños no somos madrugadores. «Probablemente, nos ha di-

(1) *Journal du voyage d'Espagne fait en l'année mil six cents cinquante neuf, à l'occasion du Traité de la Paix*, por François Bertaut. (*Revue Hispanique*, octubre 1919.)



Nave central y ábside.



CATEDRAL DE REIMS.

Bóvedas caídas en la nave central.



cho, todas estas gentes que hacen la limpieza, trabajarán hasta horas avanzadas de la madrugada.»

Por fin, el Sr. Ivanoff ha llegado a la Biblioteca Nacional. Pretendía ver a su director; pero esto no es cosa tan fácil como el profesor búlgaro pensaba. Primero ha sufrido el interrogatorio de un portero; éste le ha llevado a otro empleado de más categoría, el cual, después de hacerle también lentamente numerosas preguntas, le ha recomendado a un tercero, que al fin le ha abierto la puerta del despacho del director, tras larga antesala. En estas diligencias no han transcurrido más de tres cuartos de hora. Luego, como el Sr. Ivanoff deseaba hacer unas fotografías de un manuscrito, ha debido redactar una instancia solicitándolo, terminada con las palabras: «Dios guarde a V. muchos años.» Nuestro amigo extranjero estaba animado de los mejores deseos para el director a quien iba dirigida, y deseaba, sin duda alguna, que disfrutase de vida dilatada; pero la fórmula le ha producido cierta extrañeza. Como ha vivido largo tiempo en Turquía, todas estas diligencias y ceremonias recordaban las etiquetas del oriente, que aun perduran en aquel país.

Era ya mediodía, y el Sr. Ivanoff ha vuelto a hacer el camino de su hospedaje, calle de Alcalá arriba, gozando del sol y del cielo azul, contemplando a las mujeres — muy empolvadas, como en Oriente — con velos cubriendo peinados complicados, en lugar de los sombreros que ahorran tiempo, simplificándolos. Vehículos y personas pasaban por las calles lentamente, sin prisa alguna. El Sr. Ivanoff ha entrado en un café: los camareros estaban sentados en las mesas del público, fumando; no se daban prisa en servir a las gentes que entran, y éstas parecían deleitarse en escupir en el suelo.

El profesor Ivanoff ha llegado al hotel, y a su puerta, en plena calle, un policía le ha pedido con brusquedad su documentación; el apellido de nuestro amigo sonaba extraordinariamente a *bolchevique*. La gente que pasaba se ha agrupado comentando la escena, y al fin ha podido aquél entrar a almorzar, pensando en que la policía española, si no demasiado amable, es por lo menos vigilante.

El Sr. Ivanoff no es un espíritu vulgar que juzgue de las cosas por su exterior apariencia, y así, a pesar de haber atravesado media España en un vagón construido en Saint-Denis, de haber visto que los aparatos sanitarios del hotel son ingleses, el mejor mapa de conjunto de la Península es alemán, los motores de los tranvías están hechos en Charleroi y algunos de los grandes edificios de Madrid son obra de arquitectos extranjeros, está dispuesto a creernos cuando le aseguramos que poseemos una industria floreciente y un desarrollo científico y artístico grandes, que somos un pueblo trabajador y — ha sonreído ligeramente al decirse lo — que nuestra burocracia es laboriosa, inteligente y pulcra.

El Sr. Ivanoff, que ha viajado y procurado conocer nuestro país, percibió los esfuerzos de una minoría intelectual por darle un impulso grande que le iguale a las naciones de civilización más avanzada, y pudo entrever las virtudes del pueblo español, soterradas hoy bajo espesa costra de desorganización e incultura, pero siempre latentes.

LEOPOLDO TORRES BALBÁS,

Arquitecto.